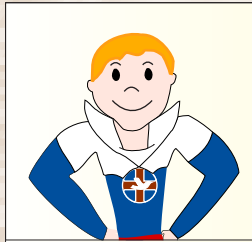


Apariciones a los discípulos

Juan 20, 19-31



Hola. Yo soy el Capitán Ozpa.

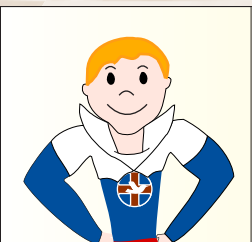


Yo soy Súper Ezán. Ahora te quiero presentar a una gran amiga. Ella también es de los superhéroes del Reino de Dios. Se llama Estrella de la Paz.



Hola. Me encanta estar aquí y compartir contigo la mayor noticia de todas.

¿Ya sabes cuál es?



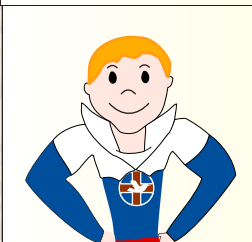
Capitán Ozpa: ¡Sí!



Súper Ezán: Que: ¡Jesús resucitó!



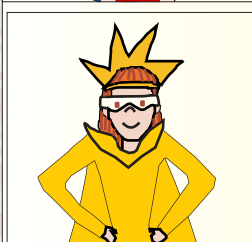
Estrella de la Paz: Muchos de los discípulos oyen que Jesús resucita, pero no creen. Para ellos el sepulcro vacío es un enigma por resolver.



Capitán Ozpa: Por eso, Jesús les da una gran pista.

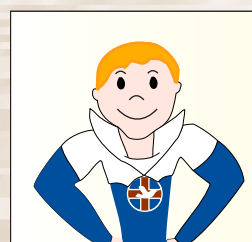


Súper Ezán: Al atardecer de ese mismo domingo, en el que llegan Pedro y Juan del sepulcro, están todos los discípulos reunidos, con las puertas cerradas, porque tienen miedo de los judíos.

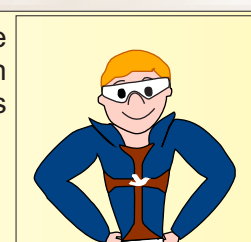


Estrella de la paz: Los discípulos tienen miedo de que a ellos también los maten. Pero también se sienten perdidos. Pues si Jesús es el Mesías, el Elegido de Dios, no puede estar muerto.

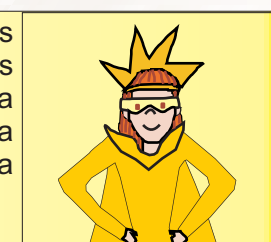
Están tan tristes, pues perdieron no solo a su Maestro, a su Amigo, sino al Mesías. Parece que todo lo que vivieron con Jesús, no tiene sentido.



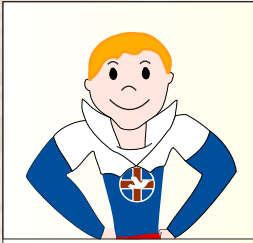
Capitán Opza: Se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: «Paz a ustedes».



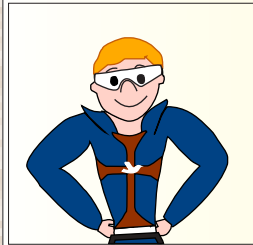
Súper Ezán: Jesús vuelve. Él les prometió que iba a volver. Y viene ahora a cumplir su promesa y a darles su paz.



Estrella de la paz: Muchos necesitan la paz de Jesús, pues están perdidos, tristes y con miedo. Pero al verlo, se llenan de gozo.



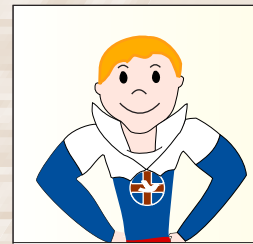
Capitán Ozpa: Jesús les muestra las manos y el costado. Jesús quiere que vean las llagas que dejaron los clavos en sus manos y la herida de su costado que le hizo el soldado con una lanza, para que no les quede la menor duda de que es Él mismo, Jesús crucificado y muerto, que ahora ha vuelto a la vida.



Súper Ezán: Tal vez en ese momento muchos de los discípulos recuerdan que Jesús les dijo que iba a resucitar.



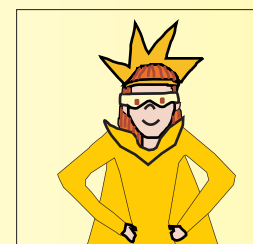
Estrella de la paz: Los discípulos pueden ver que en Jesús la vida es más fuerte que la muerte. Porque Él es la Vida, Él es la resurrección.



Capitán Ozpa: Pero también se dan cuenta de que Jesús no regresa a una vida igual a la de antes. Como pasó con Lázaro. Sino a una vida eterna. Por eso, es que puede entrar al lugar donde están los discípulos, aun con todas las puertas cerradas. Porque ahora tiene un cuerpo glorioso.



Súper Ezán: Jesús les dice otra vez: «Paz a ustedes. Como el Padre me envió, así también Yo los envío».

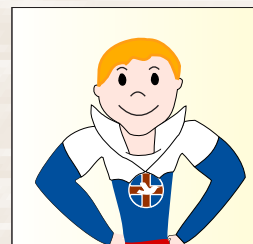
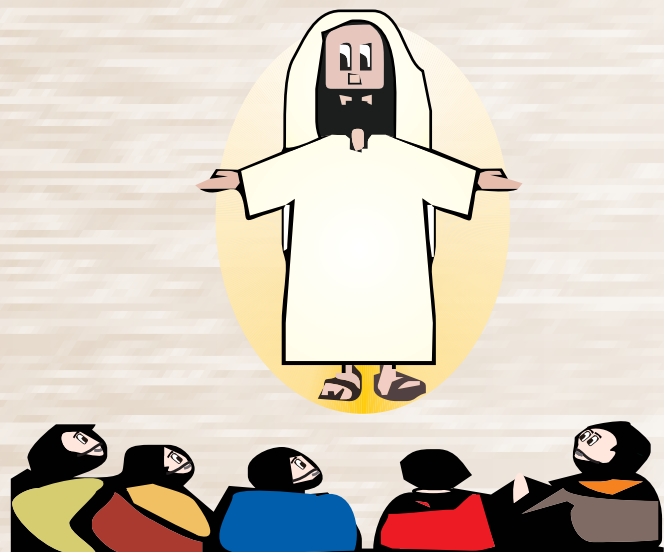


Estrella de la paz: Uno de los regalos que Jesús nos da con su resurrección es su paz. ¿Tú ya sabes qué es la paz de Jesús?

Tal vez pienses que es estar tranquilo. Pero la paz de Jesús es mucho más que eso. Es dejar entrar a Jesús a tu corazón, para que Él reine. No basta con que entre en tu cabeza, se necesita que entre a tu corazón.

Por ejemplo, los discípulos ya saben que Jesús resucitó. Esa idea ya entró a su cabeza. Pero no la creen. No entró a su corazón. Por eso no ven con los ojos de la fe y tienen dudas, miedo y tristeza.

Cuando los discípulos sienten la paz de Jesús, es cuando creen en su corazón. Y entonces Jesús saca la duda, la tristeza y el miedo de ellos.



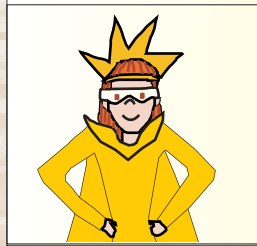
Capitán Ozpa: Es cuando Jesús los envía, con la misma misión que el Padre le dio a Jesús.



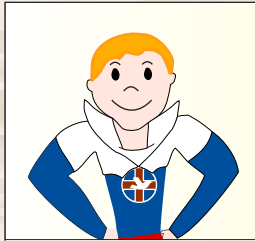
Súper Ezán: Luego Jesús sopla sobre sus discípulos y les dice: «Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados. A quienes se los retengan, les quedan retenidos».



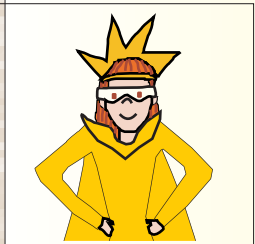
Súper Ezán: Por medio del soplo, Jesús les entrega su Espíritu. En hebreo la palabra que se usa para decir soplo y decir Espíritu es la misma: ruaj. Así Jesús resucitado les entrega su propio Espíritu.



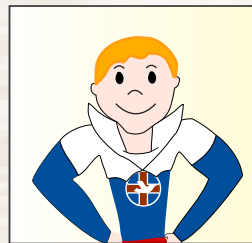
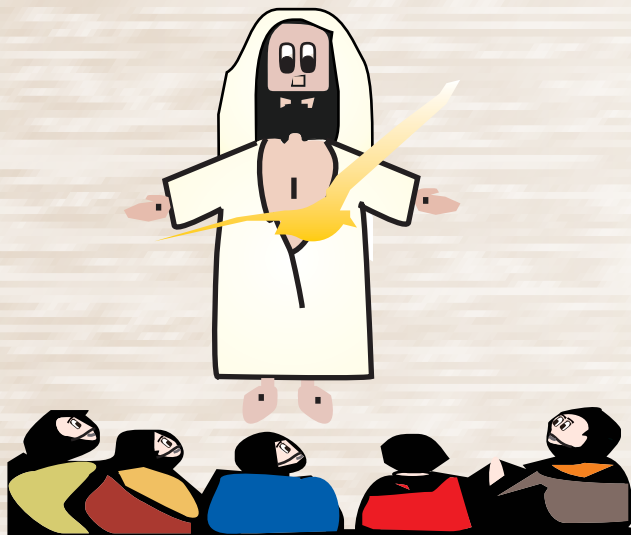
Estrella de la paz: Jesús sopla como Dios sopló en el principio de la Creación, para infundir la vida en Adán. ¡Jesús los está haciendo nuevos! Por eso, van a poder cumplir la misma misión que el Padre le dio a Jesús. Jesús va a continuar su misión a través de sus discípulos. Y además de darles su paz, les da su propio Espíritu, para que puedan cumplir siempre la voluntad de Dios, así como Él lo hace.



Capitán Ozpa: Jesús dice: «Reciban el Espíritu Santo. A los que perdonen los pecados, perdonados les son. Y a los que se los retengan, les son retenidos».



Estrella de la paz: Jesús respalda lo que ellos hagan. Pero ¿hasta perdonar los pecados? Ellos no pueden, solo Dios.



Capitán Ozpa: Ahora pueden. Con su soplo, el Espíritu Santo les da el poder de absolver o retener los pecados. Así instituye Jesús, el Sacramento de la Penitencia.



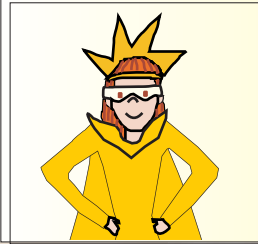
Súper Ezán: Wow. Dios va a perdonar los pecados a quienes los Apóstoles se los perdonen.



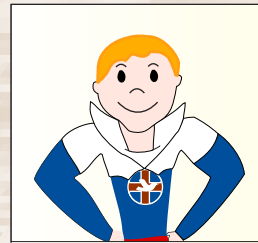
Estrella de la Paz: Sí. A los que confiesen sus pecados, con verdadero arrepentimiento, por medio de la absolución, les van a quedar perdonados.



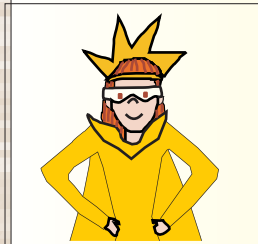
Súper Ezán: Y ¿si alguien quiere seguir pecando?



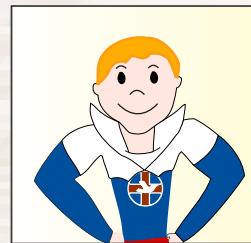
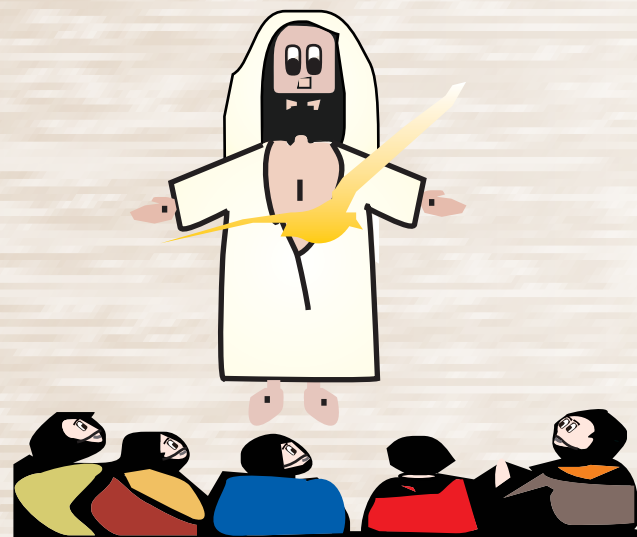
Estrella de la paz: Si se mantiene firme en su deseo de pecar, le van a negar la absolución. O si no está muy seguro de su arrepentimiento, le pueden dar la absolución después, cuando ya esté seguro.



Capitán Ozpa: Entonces Jesús envía a los discípulos a predicar con la palabra y con el ejemplo.



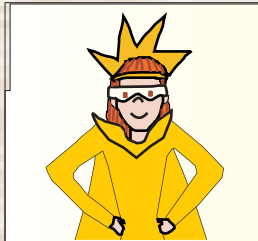
Estrella de la paz: Sí. Y tienen que estar dispuestos a sufrirlo todo por Jesús. Pero al final, les va a dar la recompensa en el Cielo.



Capitán Ozpa: Sí. A ellos y a los que los sucedan en su ministerio, por medio de una ordenación legítima.



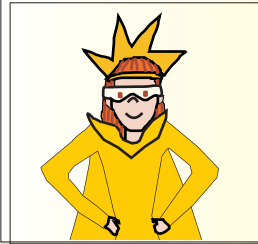
Súper Ezán: Tomás, uno de los Doce, no está con ellos cuando viene Jesús. Los otros discípulos le dicen: "Hemos visto al Señor. Pero él les dice: Si no veo en sus manos la hendidura de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no lo creeré".



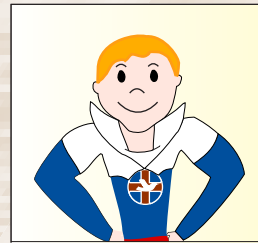
Estrella de la paz: Él no solo quiere ver a Jesús, sino verlo y tocarlo.



Súper Ezán: Jesús, que es tan bueno, ocho días después, cuando están otra vez juntos los discípulos y Tomás sí está con ellos, se presenta en medio de ellos, aun con las puertas cerradas. Y les dice: «Paz a ustedes».

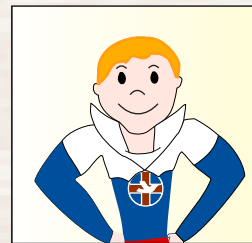


Estrella de la Paz: Jesús vuelve a darles su paz. Luego le dice a Tomás: «Mete aquí tu dedo, y mira mis manos. Y dame acá tu mano. Métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino fiel».



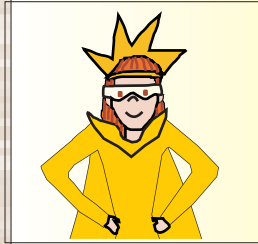
Capitán Ozpa: Y ¿sabes qué dice Tomás?

"Señor mío y Dios mío".



Capitán Ozpa: Jesús ¡qué grande y poderoso es!

Tiene poder para salir vivo del sepulcro. Y esto, solo lo puede hacer, porque es Dios. Tomás puede reconocer que Jesús es el Señor. Es decir, el dueño de todo, que es Dios. Pero también que es dueño y Dios del mismo Tomás y por eso le dice: Señor mío y Dios mío.

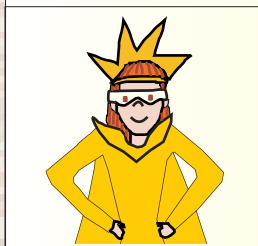


Estrella de la Paz: Tomás al ver y tocar la Humanidad de Jesús, confiesa y publica Su Divinidad, que no ve. Por eso puede decir: Señor mío y Dios mío.



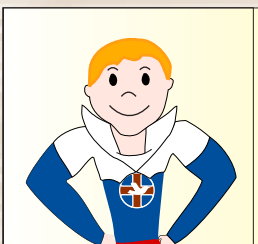
Súper Ezán: Jesús le dice: «Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron».

Somos todos los que creemos en Jesús, como si lo hubiéramos visto con nuestros ojos, y tocado con nuestras manos.

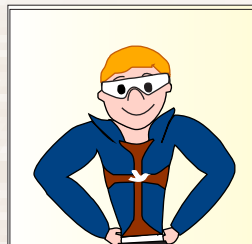


Estrella de la Paz: Y somos dichosos, porque no necesitamos ninguna evidencia, sino es la fe, la que los hace reconocer que Jesús es Dios.

A mí, Jesús me abrió los ojos de la fe. Yo creo que Jesús es el Hijo de Dios, el único Salvador y Señor del universo. ¿Tú también lo crees?



Capitán Ozpa: Sí, por eso somos muy felices. Porque creemos que Jesús resucitó, está vivo, venció a la muerte, es el Señor y es nuestro Dios. En Jesús la vida, es más fuerte que la muerte.



Súper Ezán: Jesús hace muchos milagros más, cuando está con sus discípulos, pero no están escritos aquí. Estos que te platicamos, están escritos para que tú y tu familia crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Para que creyendo en Él, tengan vida en su nombre.

Héroes entre nosotros

Nazco en Nursia, Italia. En el año 518.

De niño, mis papás me mandan a Roma a estudiar.

Luego dejo los estudios y me retiro al desierto. Y lo que te voy a contar, es cómo el Señor Jesucristo me permite ver muchos milagros y pelear contra el demonio. Estas son mis historias.



Me quedo solo, durante tres años, escondido en una cueva y aislado de los hombres. Solo hablo con un monje llamado Román, que vive en un monasterio cercano. Yo voy ahí de vez en cuando. Él me lleva de comer a la gruta. Pero como está en un lugar al que no se puede llegar, porque no hay camino, Román me da el regalo de tu visita. Por vivir alejado de los hombres, no sabía que hoy es el Domingo de la Pascua. Él me dice: Sí hermano, hoy es el Domingo de Resurrección. Como no está bien que ayunes en esta fecha tan importante, el Señor me envió a ti. Los dos bendicimos a Dios y comemos.

Otro día, Nuestro Señor Jesucristo se le aparece a un sacerdote que prepara un gran banquete para celebrar la Pascua. Le dice: mientras tú te esfuerzas por darte un gran banquete, un siervo mío pasa hambre. El sacerdote de inmediato mete en una cesta la comida que preparó y se va a buscarme. Llega hasta la cueva y me dice: Levántate. Vamos a comer, que hoy es la Pascua del Señor. Yo le digo: Sí debe ser la Pascua. Puesto que Dios me ha hecho el regalo de tu visita. Por vivir alejado de los hombres, no sabía que hoy es el Domingo de la Pascua. Él me dice: Sí hermano, hoy es el Domingo de Resurrección. Como no está bien que ayunes en esta fecha tan importante, el Señor me envió a ti. Los dos bendicimos a Dios y comemos.

Mucha gente empieza a hablar de mí. Así es que al morir un abad de un monasterio, que es como el jefe, todos los monjes van a buscarme y me ruegan que ocupe el puesto de abad. Yo me resisto todo lo que puedo, porque mis costumbres y mi tipo de vida, son muy diferentes de los suyos. Pero ellos insisten tanto, que al final me convencen. Trato por todos los medios que cumplan tal cual la regla, que es el reglamento que se debe seguir en el monasterio, y que esos religiosos con plena libertad habían profesado. Pero eso no les gusta a los monjes. Se arrepienten de haberme nombrado su abad. Yo quiero que sean muy rectos y ellos no son constantes. Tan mal se pone la cosa, que quieren matarme con un veneno. Justo estoy en cama, por una indisposición pasajera. Y me tratan de hacer beber un poco de vino que ya está envenenado. Yo tomo el vaso en mis manos, pero antes de beber, hago la señal de la Cruz. Y en aquel preciso instante, el vaso se quiebra, como si hubiera recibido una pedrada. Así es que sé que me querían dar una bebida de muerte. Esos monjes intentaron envenenarme. De inmediato me levanto de la cama, reúno a la comunidad y les digo a los monjes: hermanos, que Dios tenga misericordia de ustedes y los perdone. ¿No les advertí a su debido tiempo, que sus costumbres y las mías eran muy diferentes? Ese mismo día abandono el monasterio y regreso a mi antigua cueva.

Cada vez son más los que acuden a mí para pedirme que los dirija. Como ya son muchos los que vienen, fundo 12 monasterios. Y en ellos los voy alojando, a medida que van llegando.

En una de esas comunidades, hay un monje que no puede permanecer mucho en oración. En cuanto los religiosos se reúnen en la iglesia para orar, él sale del templo y del monasterio, y se va a la calle a distraerse y a ocuparse en cosas del mundo.

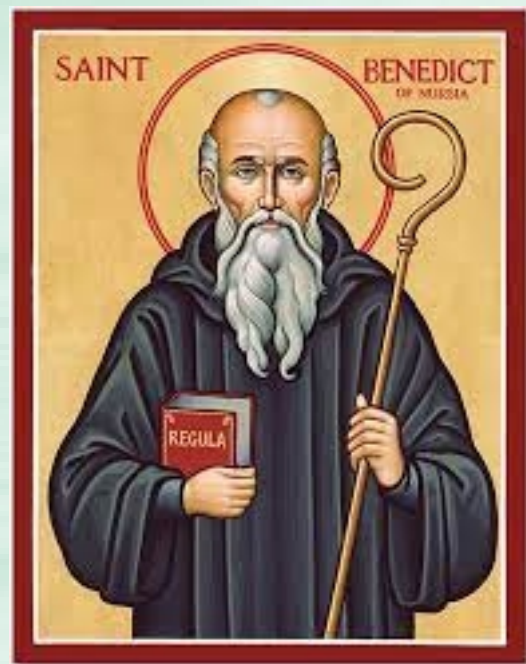


Su abad me informa lo que pasa. Yo voy a ese monasterio. Observo al monje que no puede orar, sin decir nada. Y veo como cada vez que la comunidad entra en el templo para orar, un niño negro se acerca a este religioso, lo toma del hábito y lo jala. Y lo lleva a donde no quiere. Entonces hablo solo con el abad y con otro monje que se llama Mauro. Les digo: ¿No se han dado cuenta que un niño negro se acerca a este hermano, tira de él y lo lleva a donde no quiere? Me responden: No. Les digo: Vamos a pedir a Dios, que les conceda a ustedes, también poder verlo. Oramos con esta intención y Mauro ve al niño, pero el abad no. Al día siguiente, al terminar los rezos de la comunidad, salgo a la calle. Encuentro al monje vagando de un lugar a otro. Lo obligo a regresar conmigo al monasterio y castigo su ceguera, golpeándolo con una vara. Desde ese momento, el monje asiste a la oración, y persevera en ella, como los demás religiosos, sin salirse de la iglesia. Y el demonio ya no se atreve a inquietarlo otra vez.

Tres de los monasterios que fundo, están edificadas en la cumbre de una montaña, sobre peñascos. Y tienen un gran problema para abastecerse de agua, pues la tienen que subir desde la base del monte. Los monjes me insisten en construir otros edificios en un lugar más adecuado y abandonar estos. Una noche, subo con un niño, a lo más alto de la montaña. Oro largo rato. Después coloco tres piedras, a modo de señal, en el lugar donde estuve arrodillado rezando. Y al amanecer regreso a mi celda, que es mi cuarto en el monasterio. Esa misma mañana, los religiosos de los monasterios van a verme y a rogarme que acceda a trasladar sus comunidades a lugares más adecuados. Yo les digo: Lleguen hasta la roca más alta del monte. En un lugar determinado, van a encontrar tres piedras puestas allí a modo de señal. Caben en ese lugar, porque Dios tiene poder suficiente para hacer que allí mismo brote agua. Van los monjes al lugar indicado. Y quedan sorprendidos al ver que la roca está húmeda, como si sudara. Hacen un hoyo, en donde les dije. Y al instante, surge una fuente tan abundante, que desde entonces hasta ahora, da origen a un arroyo que baja desde la altura de la montaña hasta el llano.

Un niño que se llama Plácido, es oblato en el monasterio. Eso es que sus papás lo ofrecen a Dios, para que se eduque en el monasterio. Va al río a buscar agua. Y cuando está llenando el cántaro, pierde el equilibrio. Se cae, y es arrastrado por la corriente hacia el interior del río, quedando alejado de la orilla, algo así como un tiro de flecha. Nuestro Señor Jesucristo me ilumina, y desde mi celda sé lo que acaba de ocurrir. Llamo enseguida a Mauro. Le digo lo que pasó y le ordeno que vaya de inmediato a ayudarlo. Le doy mi bendición y Mauro sale a toda prisa hacia el lugar del accidente. Se mete en el río. Y con la misma seguridad y firmeza con que camina por tierra, él camina sobre la superficie del agua, hasta donde está Plácido. Toma al muchacho por los cabellos. Lo saca del río y lo lleva sano y salvo al monasterio. Al llegar, va a verme Mauro y me dice: Padre, hemos salvado al niño. Pero esto ha sido un milagro debido a sus méritos. Yo le contesto: Sí ha sido un milagro, pero no debido a mis méritos, como dices, sino al espíritu de obediencia con que tú procediste.

Luego me traslado a Montecasino. En la cima hay un templo dedicado a Apolo (un dios romano). Yo lo convierto en iglesia. Y la dedico a San Juan Bautista. Desde que llego a este lugar, empiezo a predicar a las gentes que viven en los alrededores, para que solo crean en Nuestro Señor Jesucristo y dejen los ídolos. Y lo logro. Pero el diablo se enoja y se me aparece de formas horribles. Trata de atormentarme incluso físicamente, con llamaradas de fuego que lanza por su boca y por sus ojos. Y me persigue gritando: Benito, Benito. Y como yo no le hago caso, Satanás se desespera y empieza a decir: Nada de Benito (que significa bendito), sino maldito, maldito. ¿Por qué me persigues de esta manera?



Pero yo no tengo miedo. Ni dejo de construir la iglesia.

Un día, cuando estamos construyendo la obra del monasterio, los monjes, por más que lo intentan, no consiguen levantar del suelo, una enorme piedra. Vienen en su ayuda muchos otros hombres, pero ni aún entre todos logran moverla. En eso, llego yo. Hago la señal de la Cruz y enseguida, con toda facilidad la alzan y la ponen en el muro en que va. Entienden que no han podido moverla, porque el diablo estaba sentado sobre ella y lo impedía.

Pasado algún tiempo, estando la construcción más avanzada, el demonio se me aparece, y por señas me avisa que va a ver a los monjes que trabajan en la obra. Entonces yo los prevengo, tratando de adelantarme al enemigo. Les envío, por medio de un recadero este aviso: hermanos estén alertas, porque el espíritu maligno va hacia ustedes. Apenas el mensajero les da este recado, cuando el demonio hace que se desplome una de las paredes. Por este derrumbamiento muere aplastado un niño oblato, que trabaja en la obra como ayudante de los albañiles. Al enterarme, mando que metan en un saco el cuerpo destrozado del muchachito y que me lo traigan. Después de orar, nuestro Señor Jesucristo lo resucita. Y mando al niño que vuelva junto a los monjes y siga trabajando con ellos.

Hay en la región de Campania, tal escasez de comida, que las gentes sufren mucho a causa del hambre. También en el monasterio se termina el trigo. Un día, no hay más que cinco panes para alimentar a toda la comunidad. Veo a los monjes preocupados y entristecidos. Trato de que tengan confianza en Dios. Les digo: ¿Cómo es posible, que porque les falte el alimento, se depriman de esta manera? Cierto que todo lo que hoy tenemos, se reduce a una insignificante ración de pan, pero mañana dispondremos de él en abundancia. Y al día siguiente, llega a las puertas del monasterio, una pila de sacos que contienen 200 modios de harina (son como 400 kg de harina). Los envió Dios Todopoderoso, y nunca supimos por medio de quién. Al ver este milagro tan grande de la Divina Providencia, los monjes se ponen a alabar y a darle gracias al Señor. Y siempre que se presentan situaciones de escasez, dan por cierto que van a ser transitorias, pues Dios nos regresa a la abundancia.

Nuestro señor Jesucristo me permite saber, meses antes, que voy a morir. Seis días antes, organizo las cosas para mi sepultura. Y de inmediato caigo enfermo, con fiebres que van haciéndose cada vez más intensas. En la mañana del día sexto, mando a los monjes que me lleven al oratorio. Ahí me preparo, recibiendo el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Después de comulgar, me apoyo en mis hermanos, que sostienen mi cuerpo ya sin fuerzas. Me pongo en pie. Extiendo mis manos al Cielo. Me encomiendo a Dios. Y en esta actitud, orando, le entrego mi espíritu.

Mi cuerpo es sepultado en la iglesia de San Juan Bautista, que yo mismo hice construir.

Nuestro Señor Jesucristo tiene poder sobre la muerte y sobre el demonio. Confía en Él. Y obedece en todo lo que Él te dice. Vas a ver que hace cosas muy grandes. Pues Él es Dios.

Erika M. Padilla Rubio



P. BOVAVENTURA OSE.

ST. BENEDICTUS
ST. MAURUS ST. PLACIDUS

